Beatriz Osés
Ilustraciones de **Emilio Urberuaga**

TUCÁN

Suerte



Con actividades para poner en marcha tu imaginación

Suerte

© Texto: Beatriz Osés, 2025
© Ilustraciones: Emilio Urberuaga, 2025

© Edición: Edebé, 2025
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Aurora Iraita

1.ª edición, septiembre 2025

ISBN: 978-84-683-7412-3
Depósito legal: B. 8110-2025
Impreso en España / Printed in Spain



PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Beatriz Osés
Ilustraciones de **Emilio Urberuaga**

Suerte

edebé

1
El Conejo Blanco

Desde los siete años, solía tropezar con un tipo muy curioso. No sabía su nombre. Lo único que tenía claro era que andaba muy estresado. Una mañana, iba yo caminando por la acera de camino a la biblioteca. Las vacaciones de verano habían comenzado, y ya me estaba aburriendo como una ostra. Tenía once años y pájaros de colores en la cabeza. No me di cuenta de que, a escasos metros, había una alcantarilla abierta. Como solía estar en las nubes, me dirigí directa al agujero. Y habría caído en él si no hubiera sido por aquel sujeto tan peculiar, vestido con traje de chaqueta y chaleco, que asomó su cabeza y me advirtió del peligro.

—¡Niña, mira por dónde vas! —me espetó enfadado apoyando su maletín negro sobre la acera.





—Disculpe, no lo había visto —traté de excusarme.

—Deberías estar más atenta —volvió a la carga dejando ver sus dientes mientras subía por las escalerillas—. Podrías caer en mi madriguera y eso sería fatal, o tal vez no.

—¡Usted y yo nos hemos visto antes! —exclamé entusiasmada.

—Aparta, niña, aparta. ¿No ves que llego tarde? —me regañó tras consultar su reloj de bolsillo.

—Pero ¿adónde se dirige? —le pregunté.

—Llego tarde —contestó sin ni siquiera mirarme—. Llego tarde.

Y me echó a un lado con su mano peluda. Sin embargo, en aquella ocasión decidí seguirlo. Lo perseguí por diferentes calles. El Conejo Blanco, como yo lo llamaba, se detuvo ante las puertas del hospital. En un abrir y cerrar de ojos, desapareció en el oleaje de un mar de cabezas. Y, entre los desconocidos, choqué contra mi madre.